

CONVERSACIONES CON MANOLO VÁZQUEZ

Pedro Romero de Solís*

Como decía él mismo en estas conversaciones, Manolo Vázquez siempre se ha sentido orgulloso de ser sevillano, pero no fue hasta su reaparición –hazaña insólita en los anales del toreo– cuando consiguió el reconocimiento de su ciudad, inescrutable y difícil como pocas. Quizá sea su triunfo más personal.



Manuel Vázquez Garcés –Manolo Vázquez– nació en Sevilla, en el barrio de San Bernardo, la primavera de 1930. Desde niño aprende el oficio familiar, el trato con el toro. En Carmona se viste por primera vez de luces: corría el año 1945. Tres años después torea la primera con picadores. En 1950 se presenta en Madrid formando terna con Juan de la Palma y Antonio Ordóñez. Días después en la misma plaza conseguía su primer gran triunfo, saliendo por la puerta grande. Al año siguiente toma la alternativa en Sevilla. Su hermano Pepe Luis, en la ceremonia, le cede el toro, *Perdulario*, de la ganadería de Domingo Ortega. Asiste y testifica Antonio Bienvenida. Al día siguiente la confirma en Madrid con el mismo cartel aunque con reses de Bohórquez. El segundo toro le hiere gravemente. A lo largo de su brillante carrera Manolo Vázquez ha sufrido algunas cogidas graves: en 1956 en Valencia, en 1958 en San Sebastián. A finales de los años sesen-

* Fundación de Estudios Taurinos.

ta se retira de los ruedos después de haber estado en la profesión casi un cuarto de siglo. Tenía 39 años. Doce años permanece Manolo sin vestirse de luces hasta que impulsado por una desbordante e irreprimible afición decide volver a los ruedos. Manolo Vázquez reaparece en Sevilla en la temporada de 1981 al frente de un cartel memorable. Un cartel de enorme responsabilidad. En el ruedo de la Maestranza se reúnen diestros que son a su vez soportes de muchas significaciones. Curro Romero, el presente enamorado de Sevilla; Pepe Luis, el futuro, la más tierna esperanza de la fiesta, y Manolo Vázquez, el pasado recuperado, el eterno retorno de lo mismo. La corrida atrapó dentro de un círculo mágico a la afición taurina sevillana y nacional. En Sevilla a Manolo Vázquez se le había considerado un torero de Madrid, pues allí consiguió sus grandes, sus clamorosos éxitos, mientras que en Sevilla no había logrado cuajar una faena de esas que se dicen completas, de aquellas que identifican para siempre al maestro que las ejecuta con la ciudad que la contempla.

A Manolo Vázquez esa carencia le era particularmente dolorosa. Como él dice, «me sentía y me siento sevillano por los cuatro costados, siempre he llevado, por donde he ido, a Sevilla, me he vanagloriado y presumo de ser sevillano, y sin embargo nunca había podido cuajar la gran faena».

Los grandes triunfos en Sevilla, con ocasión de su reaparición, tienen para él y para nosotros, una significación trascendental. Para Manolo Vázquez, sin embargo, su faena más emotiva, su tarde más sentida fue la del Corpus. Después, aquel mismo año en septiembre, en la feria de San Miguel, alcanzó otro triunfo clamoroso. La despedida en Sevilla fue un acontecimiento clave en la historia de la tauromaquia, y cuantos tuvimos la suerte de estar presentes gozamos de un espectáculo inefable. Manolo Vázquez es, sin duda, el único torero de la historia que ha desplegado, ante el asombro general, la más excelsa calidad de su arte cuando ya su edad sobrepasaba los cincuenta años.

Manolo Vázquez se ha prestado amablemente a sostener con nosotros una conversación para la Revista de Primavera del Ayuntamiento de Sevilla. Hemos considerado que tendría, en el momento actual, interés analizar las condiciones tanto sociales como personales en las que surge, de súbito la necesidad imperiosa de ser torero. Hoy en día las condiciones de existencia de la infancia y la juventud, con la irrupción de la



Fig. n.º 3.- *Alternativa en Sevilla con su hermano Pepe Luis, 1951.* Apud Amorós A. (2005): *El toreo de frente.* Manolo Vázquez, Madrid, Biblioteca Nueva, f.22.

Sociedad Industrial Avanzada, han cambiado tanto y en tan poco tiempo, que el tradicional acceso de los jóvenes a la profesión se ha hecho del todo insuficiente, cuando no ha quedado definitivamente clausurado. Ahora es preciso encontrar nuevos sistemas de enseñanza, instituciones que sean capaces

de recrear un ambiente que la modernidad ha dejado atrás para siempre.

M.V.: La decisión de ser torero surge por muchos motivos como, por otra parte, suele ocurrir con cualquier otra profesión. Hay quien piensa que el deseo del padre es la principal condición. Yo entiendo que la elección de un medio de vida, de una profesión, debe ser una elección propia, una decisión personal. Es mucho más bonito dejar a cada persona que elija su propio camino, su propia profesión.

P.R.: Al inicio de una vida se presentan tantos comienzos que muchas veces una ayuda exterior es lo que decide. Las condiciones externas pueden ser decisivas, esenciales, acaso, necesarias.

M.V.: No digo que no lo sea en muchas ocasiones y sobre todo en otras profesiones, pero en el caso del toreo ha de ser, estoy convencido, por propia voluntad, por verdadera vocación. Nunca el toreo debe ser planteado como la búsqueda de una simple salida a la vida. En esto del toro ha de haber más profundidad, más sinceridad.

P.R.: Entiendo. Al toro no se va por sumisión. Ni siquiera es suficiente la afición o la inclinación.

M.V.: Tiene que ser, indudablemente, por verdadera vocación. En otros tiempos quizá ser torero fuese una posibilidad, de las pocas, de salir de un medio social y económico estrecho. En 1800, por ejemplo, para muchos españoles el porvenir de su vida era tan negro que es posible que fuera cierta aquella famosa frase del Guerra en la que aseguraba que «más cornás da el hambre» que el toro. Hoy, gracias a Dios, es distinto. Aunque no se tengan todas las posibilidades que uno quisiera, sin embargo hay muchísimas más que antes. Ahora hay más que elegir.

P.R.: Parece claro que en el pasado la profesión taurina se tuvo por una vía culturalmente asequible de promoción popular. El torero siempre ha sido un héroe de nuestra epopeya cultural. Hoy en día, sin embargo, dada la apertura relativa de la sociedad, la inclinación al toreo debe estar más orientada por la libertad, o lo que es lo mismo por la vocación. Pero si revisamos biografías contemporáneas se da uno cuenta, no sin cierta sorpresa, que muchas de las figuras del toreo pertenecieron



Fig. n.º 4.- *La alternativa a su sobrino Pepe Luis, en presencia de Curro Romero.* Apud Amorós A. (2005): *El toreo de frente.* Manolo Vázquez, Madrid, Biblioteca Nueva, f.24.

o pertenecen a familias taurinas, constituyendo incluso algunas de ellas verdaderas dinastías con largo abolengo taurino. Entre los subalternos el parentesco es bien común. Tú mismo, sin ir más lejos, perteneces a una familia en la que muchos de vosotros habéis estado, de una manera u otra, vinculados a la fiesta.

M.V.: En mi casa vivimos de pequeños la vida del Matadero de Sevilla. Hemos estado, todos, muy cerca del ganado que llegaba allí para ser sacrificado. Hoy día los métodos para llevar las reses hasta los mataderos ya no son los mismos. En aquellos tiempos, sobre todo durante los años de la postguerra, con la gran afluencia de reses bravas para carne, se daban muchos, muchos capotazos. Mis abuelos, los dos, estaban empleados en el Matadero. Mi padre también estuvo en el Matadero. Uno de mis abuelos vivía dentro del Matadero. Fíjate: para nosotros, para mí, ir al Matadero no era el hecho en sí de ir al matadero, sino a casa del abuelo, pues como te digo vivía en el mismo Matadero... Allí no se mataban las reses, se les daba la puntilla, pero siempre había ocasión de dar algunos capotazos. Desde niño hice ese camino siendo aquello como la prolongación de mi propia casa. Andaba con las reses, faenaba con ellas, daba todos los capotazos que podía. Aquello gustaba a todos y el que además le gustara a la familia hacía mucho.

P.R.: ¿Tú crees que ha habido muchos toreros que se hayan visto a la hora del aprendizaje en situación parecida a la tuya?

M.V.: Sí, ha habido toreros muy vinculados al Matadero. Es más, muchos toreros han estado, por muchos sitios, vinculados a los distintos Mataderos. Mi experiencia allí fue inolvidable. Una vez, teniendo yo como nueve o diez años, Belmonte llevó unas reses para sacrificarlas. El, en persona, fue allí para verlas matar, para estar pendiente, como, en fin, se hacía con frecuencia. Le hablaron a Juan Belmonte para que me apartara una de las vacas. Belmonte asintió, me la apartó y yo le di unos pocos de muletazos. Los que trabajaban en la nave del vacuno, y que habían estado pendientes, cuando les llegó la becerra muerta le cortaron para mí las orejas y el rabo. Yo, como podrás figurarte, estaba loco de contento. De allí me fui a San Bernardo.

P.R.: En San Bernardo los niños jugarían mucho a los toros.

M.V.: Allí, en el barrio, siempre estábamos toreando. Era un juego muy propio, no te digo ya de San Bernardo, sino de toda Sevilla. Era muy propio de Sevilla. A la pelota se jugaba poco. Por las calles sólo se veían chavales jugando a torear.

P.R.: Pero San Bernardo debía tener algo especial.

M.V.: Es un barrio que estaba muy vinculado al Matadero. A los dos mataderos. Al antiguo, que estaba situado en la Puerta de la Carne, donde hoy está la plaza de abastos. El Matadero nuevo se inauguró en 1929. Mi abuelo materno estuvo de portero en el matadero antiguo y de allí pasó al nuevo. El San Bernardo de mis años vivía entre los dos mataderos.

P.R.: Me parece que en ese ambiente las condiciones diarias de vida estaban tan sobre determinadas que decidir ser torero era, con toda naturalidad, lo más fácilmente deseable. Sin embargo, no parece que en el futuro vayan a repetirse tales felices coincidencias. Para prever, en cierto modo, el futuro de la afición, háblame un poco, Manolo, de las condiciones particulares, personales, más deseables para que surja, de pronto, irreprimible, ese hondo deseo, delicado y feroz, de ser torero.

M.V.: Sí, en mi entorno todo estaba relacionado. Prácticamente, toda la vida discurría alrededor de eso. El ruedo era un destino común. Después empezaría a torear el mismo José Luis, el mayor de todos nosotros. Esto influyó en mi ánimo de ser torero. Pero si mi hermano no hubiera sido torero yo, sin duda, por mi parte lo habría intentado. El que saliera primero influyó, facilitó. Pero mi padre también fue novillero, o sea, que esto del torear, respirar este ambiente, siempre ha sido una cosa de familia, lo natural. La familia influye, ayuda, pero a veces y en ciertas circunstancias también dificulta.

P.R.: En tu caso, desde la vida diaria en tu niñez hasta la figura de primer matador aparentemente no hay la menor ruptura. Parece la prosecución más natural de un destino ya señalado. El éxito fulgurante de Pepe Luis tuvo que hacer lo demás. En la infancia siempre nos fascinaron los héroes, nos identificamos con ellos y ansiamos ser, como ellos, excelentes. Se cuenta de Belmonte que de niño se fugó de su casa, de Sevilla, y tomó el camino de la selva virgen. Allí soñaba con ser un valiente cazador de leones. Siempre los toreros se han visto fascinados por la maleza, por la naturaleza. En Jerez de la Frontera unos parientes suyos le encontraron extenuado y lo repatriaron a su casa de Sevilla. La visión luminosa del héroe orienta hacia el triunfo tanto como despega, a quien lo contempla, de la mediocridad, de la normalidad. Qué duda cabe: el héroe es, a su manera, también un rebelde.

M.V.: Mi búsqueda ha sido siempre un camino de rebelión. Por eso tengo reparo... por eso muchas veces, cuando se habla que los que pertenecen a familias de toreros les es más fácil el llegar, yo abrigo siempre mis dudas. El público te encierra en un mismo círculo y te identifica con los de tu sangre. Hace comparaciones; tristes, lamentables comparaciones, como si por ser hijo, primo o hermano de... estuvieras obligado desde el primer momento sólo a repetir. Esto es una exigencia equivocada. Para mí ha sido muy duro y a veces he llegado a sentirlo como una pesada losa. Cuando se tiene delante una figura, como lo fue mi hermano, entonces el ser uno mismo es muy difícil. Tienes que sobreponerte muchísimo. Tienes que rebelarte buscándote en ti. Para ser torero, claro que hay que aprender el oficio. Nosotros de familia lo aprendimos con naturalidad, con facilidad, casi sin darnos cuenta, era el mismo ambiente quien te enseñaba. Pero ser figura del toreo es algo que no puede surgir sino de ti mismo, es algo solamente tuyo, que está innato en la persona. El oficio se hace en el transcurso del tiempo, yendo a

las cosas, pero el poder artístico está solo en ti. Con la voluntad y el esfuerzo, toreando, claro está, tienes que ir haciéndolo nacer, haciéndolo poder.

P.R.: En fin, vencer en la adversidad y conseguir, triunfalmente, la propia rectitud, es la tarea del héroe.

M.V.: Vencer al toro... El toreo es como un arte, no una lucha. Bueno, aparentemente, claro que es una lucha, una lucha además contra una fiera. Pero más allá de ese parecer es, sobre



Fig. n.º 5.- *Con su padre*. Apud Amorós A. (2005): *El toreo de frente*. Manolo Vázquez, Madrid, Biblioteca Nueva, f.7.

todo, un arte. Yo antepongo por delante de vencer, de matar al toro, lograrlo artísticamente. No se logra el triunfo solamente con el arrojo, como tampoco la simple victoria lleva consigo, como inmediata consecuencia, el triunfo. En la vida del toreo la fuerza del reconocimiento es importante pero el éxito no crea al arte. Aunque uno alcance la categoría sola-

mente después de los triunfos, en el fondo, torero, lo que se dice torero, se es desde siempre, se es desde antes mismo de los éxitos. Igual ocurre con el valor. De verdad yo no creo que el torero piense que se está jugando la vida. Para una persona la vida es una cosa muy importante, demasiado seria para jugársela. Es cierto que hay que tener valor, pero éste será valor para seguir sin desmayo buscando su propio arte, su diferencia con los demás, su propia identidad artística.

P.R.: Así que te ves más como artista que como héroe. No te sientes una creación de la multitud sino el resultado de tu voluntad, del despliegue de tu propio e intransferible secreto. Piensas que al arte del toreo se va por inclinación pero sólo se llega por inspiración. Para ser un torero cabal tú piensas que es necesario buscar dentro de sí, hallarse. Pero ¿cómo se hace esa búsqueda? ¿Cómo se produce la iniciación? ¿No hay ahí algo religioso, mágico?

M.V.: Desde muy pronto la vida del torero se convierte, respecto a los demás, en algo muy especial. Aproximarse a la figura del toreo es, a la vez, caminar hacia la soledad. En nuestra profesión el éxito, el triunfo artístico, aísla de los tuyos, separa de los demás. En cualquier profesión se alcanza la plenitud con la madurez. Incluso, en muchas de ellas, sólo en la vejez consigues el reconocimiento. Las relaciones que mantienen con los colegas, con la gente en general, están de acuerdo con la edad, hay como una armonía entre tu conocimiento y tus relaciones, algo que nos parece natural. En el toreo todo es distinto. Cuando los muchachos de tu edad siguen yendo, qué sé yo, al colegio o acuden a los primeros trabajos, el torero, si sigue siéndolo, lo más probable es que ya haya conseguido la fama. Un torero es figura a una edad en que cualquier profesional no ha empezado siquiera a despuntar. Al revés, cuando a los cuarenta años, en cualquier profesión comienza uno a hacerse

hombre, el torero a esa edad hace tiempo que ha terminado su vida artística. Socialmente siempre se halla instalado, quiera que no, en una zona inaccesible a los más propios. El torero es por la fuerza de las cosas distinto de todos, distante para todos. Estas condiciones excepcionales requieren una vida propia, su forma particular de hacerse. El arte del toreo tiene diferencias tan grandes con las otras artes que requiere un adiestramiento, una formación espiritual muy distinta. Las circunstancias en que te ves obligado a crear arte son especialmente adversas, excepcionalmente difíciles. Tienes que actuar según un contrato que estipula de antemano el día y la hora de la creación. ¿No va a ser dificultoso eso de lograr cotas altas a hora fija y en tiempo estipulado? Escritores, pintores, escultores, músicos, etc., pueden elegir y trabajar en los momentos que a ellos les parecen más adecuados o favorables. Toda expresión artística requiere tiempo, maduración. El toreo está a merced del tiempo. La producción de su arte es instantánea. En segundos hay que ejecutar la proeza. Para mayor dificultad hay que realizarla con un animal que tiene otro tiempo y su propio temperamento, como una fiera que acomete y que no tolera rectificaciones. Siempre hay que dibujar la faena dentro de un círculo de peligro y movimiento. Y en medio de tan difíciles condiciones el torero tiene que lograr, si quiere serlo, expresiones artísticas que permanezcan en la memoria de los espectadores. En un solo instante, al provecho de sólo unos minutos, en circunstancias que nunca han sido por él elegidas, tiene, sin embargo, que imprimir en el recuerdo del público el arte imborrable de sus gestos.

P.R.: Una faena memorable exige una gran presencia de ánimo. ¿Cómo prepara y fortifica, el matador, su alma? ¿Cuáles son, si las hay, las técnicas espirituales para acrecentar el valor en su corazón? ¿Cómo el matador logra liberar su poder artístico?

M.V.: Es cierto. El torero tiene que construirse, tiene que hacerse. Debe estar dotado de una personalidad muy especial, muy fuerte. En el curso de la faena tiene que liberar una gran energía espiritual, tiene que transmitir con mucho poder, muy rápido, para que los espectadores conecten y queden prendidos. Todo esto es un asunto de instantes. El torero tiene que lograrlo con la energía que dispone, esto es, con el sentimiento. Se transmite, se conecta sintiéndose mucho. Sin poner en juego toda la fuerza del sentimiento puede que el torero logre un triunfo pero será, seguramente, pasajero, se olvidará pronto, no permanecerá en la retina del aficionado.

P.R.: Es paradójico, pero las faenas cuanto más hondas, es decir, más sentidas, mejor perduran flotando en la memoria colectiva de los aficionados. En la plaza los grandes acontecimientos son aquellos que dominan el alma, detienen la respiración, trastornan incluso el organismo. El paso de una gran faena por el alma del espectador desencadena agitadas turbulencias después de haber suspendido el espíritu, conseguido la concentración máxima y llegado a la alerta animal de los sentidos. Siento una gran curiosidad por saber algo acerca de qué siente el torero que desplegando su arte provoca en el público esas emociones. Tú, que has reaparecido en plena madurez y sabiduría, quizá tengas también una singular opinión que darnos.

M.V.: Ya te decía que el poder artístico había que ir haciéndolo nacer, haciéndolo poder. Yo volví a los toros porque la inquietud artística me estaba carcomiendo. Creía que me quedaba por decir algo importante. Naturalmente me basaba siempre en que me encontraba, a pesar de mi edad, con suficientes facultades físicas para acometerlo. Si yo hubiera encontrado que mis fuerzas eran insuficientes no me hubiera vestido de torero. Cuando me invadió esa inquietud artística yo estaba

en condiciones de ponerme delante de los toros. Yo llevaba muchos años, doce, sin vestirme de luces y tenía, además, 51 cumplidos. Pero en todos esos años nunca estuve alejado de los toros. Seguí toreando en el campo y con mi afición seguía aprendiendo, yo siempre estaba pendiente de aprender cerca del toro. Vi cosas nuevas y aprendí otras tantas. Después, lo fui asimilando, incorporando a mi propia personalidad, traducíéndolo en mí. Llegué a la conclusión de que debía volver porque podía lograr cosas excepcionales. Esto exige estar seguro de poder. Cuando decidí reaparecer, muchísimas personas, muchísimos amigos me dijeron que era un disparate, que era una barbaridad, que yo estaba loco. De eso estoy convencido. Estaba loco, pero loco de afición. La única manera de lograr ciertas cosas grandes es con locura.

P.R.: Aunque nos hables de locura, lo cierto es que tu presencia transmite, a los que hemos tenido la suerte de conocerte, tranquilidad, cordura.

M.V.: Pues estaba loco de deseo de alcanzar lo que antes no había logrado. Con el transcurso del tiempo, con el saber de una vida más larga, estaba seguro además de poder hacer lo que antes había hecho, que ahora lo haría renovado con el sosiego que sólo podían darme los años. En estos años de reaparición, delante de los toros, me quedaba sorprendido pensando cómo, a mi edad, podía torear, pero otras muchas, asustado, sentía que, si a mí no me desfallecieran las fuerzas físicas, y pudiera torear con 81 años, llegaría a más, vamos, que dejaría esta última reaparición en mantillas. La desgracia para un torero es que decaen sus facultades físicas cuando, en cambio, se está en plenitud de facultades mentales. He tenido suerte y me precio de ser el único torero que haya reaparecido con 51 años y que después de tres temporadas se retire habiendo logrado lo que yo. Estoy convencido que mi triunfo está íntimamente ligado a mis

años. Creo que sólo por mis años he conseguido ese sosiego, esa forma tan natural de torear.

P.R.: Cuéntame algo más sobre aquel tiempo inmediatamente anterior a tu decisión de reaparecer.

M.V.: Yo, durante los años que estuve retirado, nunca dejé de torear en festivales y en el campo. Lo mismo que ayer estuve, precisamente, toreando en una dehesa de Valdeflores, toreaba yo, en el año 1980, en un festival, y un amigo que me vio me planteó de cara la papeleta de volver a torear. A mí, la verdad, ya me habían hecho otras proposiciones. Estaba, sin decirlo, en ello, y a mi alrededor, por todas partes, me animaban. El ambiente era muy favorable. Sin embargo, me llevé de octubre a diciembre dándole vueltas a la cabeza. No dormía. Lo quería, pero lo pensaba muchísimo. Me lo planteé con mucha seriedad. A mí, desde luego, me iba a costar menos que a cualquier otro. Ponerme en postura no me exigiría demasiado esfuerzo. Estoy delgado, hago normalmente vida sana, nunca me extralimito. Como me gusta decir, soy normal en todos mis actos. Así que me marché de Sevilla, me metí en el campo, me pasé tres meses en la sierra sin ver a nadie. Haciendo ejercicio, preparándome físicamente, concentrando mi pensamiento, dándole fuerza y sentimiento a mi decisión. Cumplía un horario normal: me despertaba a las ocho de la mañana, desayunando en bata, me arreglaba un poco, me ponía el chándal, las zapatillas y a caminar, al campo a andar. Era una dehesa de la parte de Olivenza en la frontera de Portugal. Con un bastón en la mano, cavilando, marchaba y marchaba, subiendo por todos los cerros, alcanzando todas las cumbres. Después volvía al caserío. Me encerraba el resto de la mañana en la placita y toreaba de salón. Comía con mi amigo el ganadero y por la tarde salíamos juntos a ver las reses, siempre por el campo, siempre atravesando

do la soledad de las dehesas. Me recogía pronto, a su hora, natural. Así un día y otro. Me acercaba para ver a la familia a Sevilla. Mi familia también me ayudó mucho. Con la familia en desacuerdo, rota, yo no hubiera podido triunfar.

P.R.: Ejercicio, soledad, recogimiento y una vuelta al paisaje primordial, al encinar antiquísimo, fueron los ritos elementales de la vía iniciática que Manolo Vázquez transitó voluntariamente para lograr aquel retorno paradisíaco, la recuperación del favor



Fig. n.º 6.- Manolo Vázquez y Pedro Romero de Solís en el Ciclo Taurino organizado por el Monte. Fotografía cedida por el autor.

artístico, escogiendo para ello, precisamente, un espacio donde la naturaleza se muestra a sí misma como poder sosegado. De allí, estamos seguros, el maestro, aunque no lo confiese, trajo el misterio de su toreo natural y sosegado.

M.V.: Sí, yo creo que el toreo más bonito es el que se hace más natural. Esta fue mi búsqueda y mi hallazgo. Lo he persegui-

do con afán toda mi vida. El transcurso del tiempo me ha servido para ir haciendo el toreo cada vez con más calma, con más sosiego: mi intención ha sido hacerlo lo más natural posible. Lo más bonito que tiene el toreo es hacerlo de modo que no sólo parezca sino que sea fácil. Sin correr, sin apresurarse, sin esforzarse, hay que hacerlo con mucha naturalidad.

Por la historia de las religiones sabemos que los más antiguos oficiantes, hombres excelentes, cuyos conocimientos hace milenios que se perdieron, tuvieron un trato privilegiado y secreto con los animales. Aquellos antiguos maestros, abandonándolo todo, se recluían, solos, en la maleza –a la que tenían por símbolo del Más Allá– para aprender el lenguaje de los animales, alcanzar los secretos de la naturaleza y anunciar las formas del porvenir. De la misma manera, Manolo Vázquez, lejos de los suyos, se recluyó en la dehesa para conocer los secretos del toro y de sí mismo. Manolo Vázquez, flexible, los brazos largos, sosegado con pasmosa naturalidad, en poder de un conocimiento excepcional, se fundió, se confundió en Sevilla con el toro. Manolo Vázquez, flexible, los brazos caídos, sosegado, girando lentamente la cintura, llevando un poquito al toro, yendo con la vista, incluso con el cuerpo, ayudándolo, dibujó finalmente en Sevilla la perfección sagrada de su toreo natural y calmo. En el curso de aquellos lances volvió, como en sueños, al Paraíso Natural.

